

Vicente Luis Mora

Nosotras



VICENTE LUIS MORA

Nosotras

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2026

© Vicente Luis Mora, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrific
Depósito legal: B 14647-2026
ISBN: 979-13-88236-04-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Nota previa, que sería innecesaria si en los últimos años diversas fuerzas coordinadas no hubieran intentado convertir la narrativa en una extensión estéticamente inerte de los programas televisivos de confesión de miserias personales

Este libro es una ficción literaria. Una ficción inverosímil, por más señas. Los personajes que aparecen no están basados en personas reales. Si usted cree reconocerse en algún personaje, tiene dos problemas serios (el primero es un delirio paranoide; el segundo, aún más grave, es parecerse a estos personajes). Por el mismo motivo, las opiniones aquí vertidas pertenecen a las psiques ficticias de los protagonistas de esta historia, y han sido imaginadas exclusivamente para ellos.

Concuerdo con la opinión del escritor Luis Rodríguez, según la cual no debe añadirse nada al final de una novela. Por ese motivo doy las gracias aquí. Mi primer agradecimiento es para quienes componen Galaxia Gutenberg: Joan, Dolors, Nuria, Blanca, Lidia, Montse, Júlia, Raquel, Clara, muchas gracias por el apoyo. El segundo es para Javier García Rodríguez, por todo lo que aprendí de él; creo que esta novela le hubiese gustado. El tercer agradecimiento es para usted, por haber venido.

Vamos allá.

Para Virginia

Y las voces, vengan de donde vengan,
están bien muertas.

SAMUEL BECKETT, *Textos para nada*

La razón no intuye que eso que llama –a la ligera–
ausencia ocupa el horno en la unidad.

RENÉ CHAR, «El ausente»

Si eres idiota, alardea de casa. Si tu casa es un
desastre, presume de ciudad.

FRED CABEZA DE VACA, *AluciNaciones*

Dos cabezas en una se fundieron
y se vieron mezclados los dos rostros
en una sola faz, y ambos perdidos.

DANTE, *Comedia*

So I assumed a double part, and cried
And heard another's voice cry: «What!
Are you here?»

T. S. ELIOT, *Four Quartets*

Era mi voz antigua.

FEDERICO GARCÍA LORCA,
Poeta en Nueva York

It was not knowledge but unity that she desired.

VIRGINIA WOOLF, *To the Lighthouse*

Por eso permanecería viva pues los que la creen
muerta son los verdaderos muertos.

JUAN BENET, *Saúl ante Samuel*

Y mírala ahora, todavía vagando por este mundo.

JUAN RULFO, *Pedro Páramo*

23 de abril

Coral se despertó sin saber quién era, perdida, hasta que el dolor la ayudó a orientarse. Fue al sentirse cortada por la mitad, rajada viva, cuando se reconoció y volvió en sí, combada a causa del malestar extremo, con el torso escindido a la altura del vientre; la regla rasgaba sus tripas desde dentro, intentando desgajar la mitad inferior del resto del cuerpo para lograr el exilio, la existencia rota, la indeterminación; el sufrimiento roturaba sus órganos con la tortura añadida de no desgarrarlos por completo y acabar con ella de una vez. Su interior asistía al combate entre el sistema reproductivo y el nervioso; sufría un levantamiento hormonal, una guerra civil entre las células, un fuego cruzado entre neuronas, una colisión estelar dentro del cuerpo, el choque de un meteorito ámbar contra un planeta volcánico, la implosión de una gigante roja dentro de las constelaciones de la piel. Su sangre devenía magma y la abrasaba; su endometriosis castigaba su abdomen a cuchillo, sajándola mientras se retorció para levantarse camino del cuarto de baño del hotel. Al castigo físico se añadió el arrepentimiento por no haber echado Antalgin en la maleta, por si acaso. Ahora tendré que buscar una farmacia de guardia sin desayunar, pensó, y se metió en la ducha sangrante, enfadada, lavándose el cabello a tirones para sentir un padecimiento estratégico, distinto y algo más leve. También se había dejado atrás su gel de baño y deploró el tacto escamoso que dejaría en su piel el mejunje color caoba que brotaba del dispensador. Al salir de la ducha apenas podía mantenerse derecha, atacada por los calambres

ventrales, y apoyaba una mano entre el ombligo y el pubis para que el calor aliviase un tanto la sensación de rajadura continua, mientras se peinaba con la otra. Resolvió que tras ir a la farmacia podría volver a la habitación para arreglarse del todo, en ese instante le traía al paio estar hecha un adefesio.

En el ascensor dictó a su móvil la orden de localizar la farmacia de guardia más cercana; una vez ubicada, activó el mapa para que la llevase hasta ella. En su reloj biométrico comprobó que el período se le había adelantado un par de días. Ya decía yo, pensó, qué mala suerte, no podía haber llegado en peor momento. Mientras caminaba, observó un movimiento inusual en la calle para tratarse de un sábado por la mañana. Al mirar en derredor vio los puestos de rosas, todavía embalados en ramos de plástico impregnado de rocío. ¿Quiere una rosa, señorita?, le preguntó en catalán una florista. Para flores estoy yo, pensó Coral, pero se limitó a contestar en castellano con un correcto No, gracias. Feliz Sant Jordi, respondió la vendedora. Se precipitó al interior de la farmacia, donde hizo turno tras una pareja de ancianos. Él no encontraba su cartera y rebuscaba por todos sus bolsillos, entorpecido por unas muletas; ella, sin ayudarle y con un brazo colgado del bolso y otro caído como gesto de rendición, lo miraba con una mueca de absoluta indiferencia, quizá inconsciente, que transparentaba un *no soy tan mayor como para verme obligada a llevar esta vida, para aguantar tu inutilidad; ojalá caigas fulminado aquí mismo, ojalá no veas el día de mañana*. Siempre hay alguien peor que una, pensó Coral. Tras irse los viejos a cámara lenta pidió una caja de Antalgin, que al serle entregada sostuvo entre sus manos con más reverencia que si fuese un cheque al portador. Pagó en metálico, atesoró los céntimos de la vuelta y salió de la farmacia con la pastilla azul ya tomada, mientras oía Feliz Sant Jordi a sus espaldas. El Antalgin se atravesó en su esófago reseco y la disfagia la hizo toser mientras salivaba para bajarlo. Con lágrimas a causa de la tos se encaminó de nuevo al hotel, deshaciendo el recorrido porque después de tantos años

viviendo lejos de Barcelona confundía algunas calles. Sus pasos vacilantes al esquivar cuerpos se veían desde los tejados como pulsaciones sobre el mástil de una guitarra. Vaya forma de mierda de comenzar el día, se dijo, espero que se enderece. ¿Una rosa, bonita?, no llores por él, no merece la pena, ningún hombre la merece. En eso estoy de acuerdo con usted, señora, dijo ella pensando en Ángel, ¿cuánto vale? Siete euros. ¡Arrea!, ¿en serio?, ¿por una flor? Bueno, verás, es una rosa especial, de Sant Jordi. Luego bajo y se la compro, que me he quedado sin dinero en la farmacia. Claro, que tengas un feliz Sant Jordi, bonita. Y usted, y usted.

Coral caminaba entre estertores de dolor, el gesto contraído, la lengua intentando atravesar el carrillo derecho, el pelo a medio descomponer y el rímel corrido por entero, llevándose una o las dos manos al vientre, electrocutada desde dentro, pidiéndole a cualquier fuerza o energía supraplanetaria que la librase de la tortura. Si me calmas las tripas me hago budista ahora mismo, le dijo a la efigie de Buda que presidía el escaparate de un centro de meditación nepalí, te juro que si me aplacas el dolor me pongo un sayo naranja y me siento en la posición del loto hasta que llegue la menopausia, susurraba poéticamente Coral al entrar en el hotel, inclinada como una cortesana sumisa durante el besamanos.

Tras reponer fuerzas, contenta por el hecho de que su editorial hubiese pagado la habitación con desayuno incluido y ya consolada por la química, subió a su habitación, sacó del bolso falso de Carolina Herrera un plátano y un bollo suizo tomados del bufé, por si después le entraba hambre, y se preparó para los importantes eventos que tenía por delante en su primera fiesta de Sant Jordi como escritora. Debía estar elegante en el terno y arrebatadora en lo físico –dentro de las amplias posibilidades que le permitía su apariencia de «chacha folla-ble», definición que le adjudicó su primer novio como si fuera un piropo y que desde entonces la acompaña en su inconsciente en los momentos de ínfima autoestima–, lo cual implicaba

disimular las arruguillas y tapar poros, además de centrarse en resaltar sus dos armas más poderosas mediante un escote que mostrase sin regalar y que sugiriera sin agredir, un arte más complejo que el de la guerra, pero que Coral dominaba a la perfección a sus veintiocho años de edad. Había quedado con Leire Lesma, la jefa de prensa de su editorial, para ir al *esmorzar* o desayuno oficial organizado por el Ayuntamiento de Barcelona en el Palau de la Virreina. Odiaba socializar tan temprano, su motor diésel de empatía no arrancaba hasta última hora de la mañana, pero era importante acudir, según Leire, para aparecer en las fotos y los artículos de salseo literario. No se puso colgante ni collar porque nadie repararía nunca en un objeto sito en enclaves cutáneos ya conquistados por su busto. Se echó Opium en el cuello y unas gotas de colonia infantil en el extremo final de la coleta con la que se recogía siempre el pelo para resaltar los ojos, punto fuerte de un rostro atractivo pero no cegador. Su belleza se había quedado algo a medio cocer, como sacada del horno de la gracia unos minutos antes de tiempo.

Cogió el bolso grande y lo rellenó de tampones naranja, *protegeslips*, el suizo rapiñado del bufé envuelto en una servilleta, la botella de agua de cortesía, el cargador del móvil, una barra de labios brillante, un pequeño estuche de maquillaje de urgencia, el monedero, varios bolígrafos de publicidad, incluido el del hotel, para firmar –o eso esperaba– sus libros, y miró hacia su diario, sin decidirse a incluirlo por su notable tamaño. Al final decidió llevarlo consigo: Por si se me ocurre algo importante para la novela, o por si hay que apuntar el número de algún chico guapo e inofensivo.

La regla temprana también estropeaba su plan B para este Sant Jordi, que era el de ligar, y recordarlo la puso de mal humor, pero se concedió que al menos podía sembrar hombres para cosechar más adelante. Eso sí, se impuso, sólo tipos maduros o pijos que puedan costearme un fin de semana en Lisboa, Roma o Londres. Esto es Barcelona, se dijo mientras se

retocaba ante el espejo, aquí hay gente con pasta y es el lugar idóneo para encontrar amantes cachas y bien vestidos que no quieran complicarse la vida. Yo tampoco quiero follones ahora, después de lo de Ángel, se recordó. Por el mismo motivo menstrual, quedaba descartado también el plan C, que era el de llamar a Paolo, un gigoló maravilloso que le había recomendado una amiga y con el que solía acostarse cuando viajaba a Barcelona: fácil, discreto, gratificante, no muy caro y sin mensajes al día siguiente. Un dinero bien invertido en otras circunstancias, pero que hoy quedaba fuera de juego.

Mientras bajaba en el ascensor comprobó, con cierto temor, si había recibido más mensajes de su ex, Ángel, pidiéndole perdón. No, ahí estaban los quince textos sin abrir, menos mal. Le dio rabia comprobar cómo, meses después de aquello, todavía le temblaba el pulso al entrar en esa carpeta, que mantenía por si era preciso poner una denuncia. Su último mensaje era de principios de noviembre. Ojalá se olvidase de ella pronto. Ella tardaría más en olvidar.

Vio al fondo del vestíbulo del hotel la sonrisa de Leire Lesma, brillante como la bola de cristal de una discoteca, que derramaba simpatía y cordialidad iluminando los rostros cansados del personal de recepción. Coral siempre se preguntaba cómo todas las jefas de prensa de absolutamente todas las editoriales españolas podían ser tan estupendas. ¿Existía una fábrica de mujeres estupendas, listas, capaces de responder siete correos y dos llamadas a la vez sin perder la sonrisa ni la calma, destinadas a la industria editorial? Dedujo que la fábrica sería la misma encargada del montaje en serie de matemáticas indias, gimnastas asiáticas y, sobre todo, de escritoras latinoamericanas, qué hijas de puta, siempre brillantes en todo y más guapas. Por qué a ella no la habían producido allí, por qué ella tuvo que salir de una empresa de recauchutados. Coral forzó su mejor sonrisa, sintiendo el último calambre mitigado de la regla, y le dio dos besos a Leire. Tengo el taxi ahí fuera, ¿estás lista? Listísima, decía mi abuela, vamos allá. ¿Has descansa-

do? Más o menos, me he levantado rota por el período, pero ya estoy mejor. Ay, *pobreta*, si necesitas algo me dices. Y la verdad es que Coral sí necesitaba cosas, necesitaba que la novela que acababa de publicar en Actas del Sur, la editorial para la que trabajaba Leire, funcionase y terminara de situarla como #Valor–femenino–emergente, etiqueta que se estilaba para atraer la atención mediática desde los años diez, aunque tenía algunos problemas para encajar en el estereotipo. Problemas que imaginaba que a lo largo de ese Sant Jordi comentaría con su editora, Catalina Ponte, con la que le gustaría hablar a solas en algún momento de la jornada. El taxi desprendía un agradable olor a silencio antiguo. ¿Has hablado con Catalina, crees que tendrá un rato para mí? No lo sé, cariño, hoy es el peor día del año; bueno, en realidad es el *mejor* día del año, pero justo por eso Catalina tiene que estar hoy en todas partes a la vez; quiero que desayune contigo mañana, muy temprano, eso sí, porque tiene que tomar un avión a Bruselas, para cerrar unos tratos allí esta semana. Vaya vida que lleva, ¿cuándo lee? Leire la miró sorprendida, a su espalda corría el paisaje gris de los edificios de la Diagonal, salpicada de paseantes con rosas en la mano. Cariño, Catalina lleva años sin leer, no tiene tiempo. Tiene gente que lee para ella, como todas las editoras. Pero Catalina me comentó cosas de mi novela que... Coral, es estupendo que estés aquí y que te integres en el cogollo, porque debes caerte del guindo en algunas cosas; ya no estás en una prestigiosa pero diminuta editorial de provincias, ahora juegas en primera división y las reglas son diferentes. Las editoras se dedican a hacer negocios, reunirse con agentes, distribuidores o libreros, y mirar redes sociales para saber qué se lleva. Los editores varones tampoco pueden leer, porque tienen que tomar *gin-tonics* y hablar de fútbol y de política con los amigos. Quienes leen son otras personas, cariño, tú te has escrito ya con algunas de las nuestras: Carme, Paqui... Ah, pensé que ellas eran editoras de mesa. Lo son, y también son maquetadoras, agentes de derechos internaciona-

les, correctoras, diseñadoras gráficas, electricistas, generadoras de contenido, baristas, carpinteras, gestoras de perfiles sociales, *personal shoppers* de Catalina, mediodondistas, cuidadoras de gatos, visitadoras de librerías, grumetes, consejadoras farmacéuticas, vendedoras de seguros, chóferes, modelos de manos, calzadoras de escandallos, alquimistas y estrategias de márketing. A Coral le impresionó más la velocidad enunciativa de Leire que la riqueza léxica de la enumeración. Aquí todas hacemos de todo, continuó la principalmente-periodista recortada contra los edificios en sucesión del centro, por eso te pedimos que estés activa en redes y que defiendas tu libro donde te lo pidamos; y donde no te lo pidamos, también. Pues aquí estoy, respondió Coral, motivadísima.¹ Falta nos hace, añadió de forma ausente Leire mientras respondía correos con una mano en el móvil de empresa y mensajes con la otra en el teléfono personal. Coral la envidió, pensando que si

1. Algún día se estudiarán los microtiempos cerebrales y se descubrirá su condición fractal. Hay fogonazos en la memoria de Coral que la llevan en milisegundos a recuerdos algo más largos, que descomprime y revé a cámara rápida: por ejemplo, pronunciar la palabra «motivadísima» la llevó de forma inconsciente a la última y única vez que la había enunciado en su vida (la repetición rompió el hápax personal), en un coche, junto a Federico –uno de sus exnovios–, años atrás, frente a la entrada del Museo Vostell en Malpartida. Federico deseaba que Coral conociera el museo, y a ella le sorprendió el aspecto exterior, tan convencional, del edificio: un enorme caserón de campo de color tierra, con tejados a dos aguas de teja árabe curva, tan opuesto estéticamente a la colección que alberga. Pero Coral estaba tan feliz de tener un novio guapo y con inquietudes culturales y artísticas que, cuando Federico le preguntó cómo estaba, mientras aparcaban el coche frente al museo, respondió, de corazón, «motivadísima», y esa escena, unida al ameno rato que pasó viendo la obra de Vostell, más el sexo posterior cuando regresaron al hotel en Mérida, crearon una tarde memorable, comprimida en una cápsula de recuerdo acelerado que Coral pudo degustar entre su respuesta y la siguiente frase de Leire.

ella tuviera esa ambidextreza acabaría las novelas en la mitad del tiempo; incluso podría escribir a la vez una novela y varios artículos alimenticios. Admiró su blusa verde oscuro de selva recién llovida. Es aquí, nos bajamos, hay que caminar un poco porque la Rambla está cortada. ¿No pagamos el taxi? No, el conductor es Mario, nuestro diseñador gráfico, que trabaja como taxista en sus ratos libres. ¡Y también soy Goody, la mascota del Torneo Conde de Godó!, completó él. Es verdad —rio Leire—, ¡*adeu*, Mario!

Desde ese momento Coral apenas pudo cruzar una palabra a solas con Leire, porque un enorme gentío ocupaba la Rambla y las calles adyacentes; a la muchedumbre habitual de turistas se sumaban los trescientos invitados al *esmorzar* de la Virreina, cuyo patio barroco ya se veía abarrotado al fondo, y en derredor pululaban periodistas, viandantes madrugadores, librerías ultimando los puestos o decorándolos con *senyeres*, montadores de carpas y casetas, chavalada de empalme del viernes noche, merodeadores de la Boquería, extraños barrigudos vestidos con camisetas del Barça y los siete mil carteristas y rateros habituales de la Rambla.

Desde que cruzaron la entrada de la Virreina, la estupendez de Leire alcanzó cotas inimaginables; como buena artista de la mecánica social, conocía a todas y cada una de las personas invitadas, con nombres, apellidos, apodos de confianza y ocupación, y fue presentándole a Coral a uno de cada tres asistentes, con una sonrisa grabada a fuego acompañada siempre de una palabra amable o una pregunta apropiadísima para cada quisque: Cómo va tu ensayo, salió tu madre del hospital, gracias por recomendarnos ese restaurante en Cadaqués, qué broche tan ideal, qué bueno lo de Sergi. Coral daba dos besos a todo el mundo, calculando que en menos de una hora debería retocarse el colorete, con lo caro que es, y era consciente de que no podría retener ningún nombre, salvo aquellos que ya conocía, que no eran muchos. Le asombró que el mundo editorial fuese tan vasto y ella no conociese a casi nadie. ¿Por qué

editores y agentes que parecían tan importantes no le sonaban de nada? ¿Quién era toda esa gente, de dónde salían todas esas treintañeras vestidas como diseñadoras de moda y esos cuarentones acicalados como arquitectos, impecables a las nueve y media de la mañana? ¿Eran todos aspirantes al parnaso, como ella, o ya habían llegado y luego habían salido? ¿Gozaban de un espacio reservado en el festival perenne de la literatura española, que desde la muerte de Juan Benet celebra su supervivencia en forma de coma cerebral? En esas divagaciones se perdía cuando se les acercó un hombre maduro y atildado, corbata roja y gemelos plateados –captados de inmediato por Coral, sensitiva como un cuervo ante el mínimo brillo de un metal precioso–; el señor saludó a Leire en catalán y a ella en español, lo que le pareció un gesto de buena educación, y le dijo a Leire Supongo que ella es vuestro fichaje estrella, la chica de la novela sobre la familia. ¡Así es!, respondió luminosa Leire, Enric, te presento a Coral P. Mengual, la autora de *Campo*; Coral, este es Enric Caladell, editor de Llamarión Libros. Coral intentó que los ojos no se le desorbitasen, su reloj inteligente mostraría más tarde un registro cardíaco de 115 pulsaciones. Encantada, he leído decenas de libros de su catálogo. Esa P. de tu nombre, mejor nos tuteamos, ¿es segundo nombre o apellido? Es P. de «Prohibido preguntar». Ah, ya veo que la fama que te precede no está desencaminada, me gusta. Coral sabía a qué fama se refería, la trabajaba a fondo en presentaciones y entrevistas. Vaya novela más punki has escrito, muchacha. ¿La has leído, Enric? La he empezado –135 pulsaciones– y me está sorprendiendo agradablemente; le has echado, con perdón, muchos ovarios al tratar ese tema de esa forma, y es un melón espinoso el que has abierto. Gracias, dijo Coral, intentando que los nervios no se le notaran. Bueno, luego os veo, iba camino de pedir algo de beber, pero os he visto y me apetecía saludaros, suerte con la novela. *Adeu*, Enric. Adiós, gracias. Vaya, Coral, ¡qué bueno que Enric te lea! Es una estupenda señal, se lo comentaré a Catalina, eso es que

estás en la conversación. ¿Está Catalina por aquí? Llegará algo tarde, pero se pasará un rato. Pues yo me había imaginado a Enric como un señor maduro, incluso viejo. Ya ves que no, es joven para tener tanta influencia, pero es que lleva toda la vida en esto, te cuento su historia para continuar con tu instrucción editorial, si quieres, mientras pedimos ahí un café. ¡Claro! Pero pídelo tú, que como estás guapísima, nos atenderán antes. Sí, este escote obra milagros en el mundo de la restauración. Ja, ja, eres tremenda, te cuento: la familia de Enric, para mí solo sin azúcar, gracias, a ti que te gustan las historias familiares, pertenece a una tipología muy común en Cataluña, con sus variaciones en cada caso. El abuelo de Enric era un potentado de la burguesía catalana, que hizo una fortuna con el sector textil. Su padre, Jordi Caladell, invirtió la herencia del abuelo en patrimonio inmobiliario, comprando edificios enteros en Gràcia, que primero dedicó a alquileres de larga duración y desde mediados de los años diez a vivienda turística. Con los inmensos rendimientos de ese patrimonio, Jordi quiso dotar de legitimación cultural a su estirpe y le puso una editorial a su hijo Enric, que era tan leído como poco prometedor para los negocios –Coral recordó que algo similar había escuchado sobre su propia editora, Catalina, en un malévolo podcast literario–. El resultado fue una buena editorial, ruinosa al principio, hasta que Jordi obligó a Enric a incluir a dos socias en la gestión, Júlia y Pilar Sants, dos ejecutivas formadas en Harvard que nunca verás por aquí, porque entre las dos hermanas no han leído un libro en su vida. Desde entonces la editorial va bien, aunque las peleas entre Enric, Pilar y Júlia son constantes, se hablan lo justo. Una pregunta, Leire, esa burguesía es la que financia el independentismo, ¿no? Uy, Coral, ¡ni se te ocurra sacar ese tema hoy!, sé que eres arrojada, pero eso no toca en Sant Jordi, necesitamos –remarcó el plural, consiguiendo que la efigie de Catalina se materializase entre ambas– que ese asunto no aparezca en ningún momento, sobre todo en la entrevista de esta tarde, ¿de acuerdo?, es tierra minada. Vale,

vale, seré buena, no te preocupes, respondió la escritora con una ironía que a Leire le pasó desapercibida, porque se dedicaba a vigilar los movimientos de una periodista cultural que sería conveniente presentarle a Coral. Ven, tenemos trabajo.

Durante veinte minutos socializaron con fuerzas vivas del califato cultural barcelonés, sobre todo con periodistas, que mostraban apetito por la radical y desolada opinión sobre la familia retratada en *Campo*. A la escritora le llamaba la atención que los plumíferos sólo se interesaran por el tema de la obra y la peripecia argumental, y que no le preguntasen por cuestiones de estilo, ni por la construcción de personajes; tampoco parecía importarles la cuidada estructura bimembre que Coral moduló durante meses, a partir de la teoría averroísta de la doble verdad. Coral advirtió que el interés de críticos y gacetilleros se constreñía al grado exacto de correspondencia referencial, esto es, la relación entre el argumento y la experiencia biográfica —o, como ellos decían, refiriéndose a la protagonista, *si Ámbar eres tú*—, como si fuesen reporteros de prensa rosa en vez de periodistas culturales. Pero no se llamaba a engaño; esto sucedía desde hacía lustros en la poza literaria nacional y en cierta forma ella había sacado partido de esa tendencia, no tanto en *Campo* como en su novela anterior. Así que por una parte esa limitación analítica le molestaba, y por otra le daba la razón en su estrategia autorial para llamar la atención de la prensa. Por ese motivo, repartió a discreción respuestas estudiadamente ambiguas en las que cualquiera podía toparse con lo que hubiera ido a buscar, sin caer, por descontado, en lugares comunes tipo «toda literatura es autobiográfica», cuyo maximalismo naíf era intercambiable por la aserción opuesta.

La algarabía dentro del patio de la Virreina era atronadora; el volumen de las conversaciones crecía sin descanso y era necesario entenderse a gritos. En el momento más ensordecedor fueron conectados los altavoces ubicados junto al improvisado atril, y comenzó el acto institucional. El primer alcalde

trans de la historia de España saludó a los asistentes y comenzó un breve discurso en catalán, pontificando las bondades de Barcelona como ciudad del libro, albergue de los extranjeros, ciudad condal, metrópoli turística, urbe de los prodigios, capital olímpica y cosmópolis del latrocinio a diversas escalas, para pasar luego a la leyenda de Sant Jordi. Leire se giró para traducirle en susurros a Coral algún titular, pero Coral le enseñó la pantalla de su móvil, que vertía a castellano la alocución en tiempo real. Lo cierto es que Coral no necesitaba ayuda, porque hablaba catalán a la perfección, pero no quería que nadie se enterase, quizá más adelante expliquemos el motivo. A continuación buscó la leyenda de San Jorge en la red, y uno de los resultados enlazaba a la web del Ajuntament de Barcelona, que leyó para refrescar su memoria infantil:

La leyenda

Hace mucho tiempo, un dragón terrible atemorizaba a los habitantes de un pueblecito de Cataluña llamado Montblanc. El dragón causaba estragos en la población y devoraba a los animales de pasto de la aldea.

Para calmar la ira del dragón, los habitantes decidieron que cada día sacrificarían a una persona, escogida por sorteo, y se la ofrecerían como señal de buena voluntad.

Pero un día le tocó a la hija del rey ser el sacrificio. Cuando el dragón la iba a devorar, apareció un hermoso caballero para enfrentarse a la bestia. Era Sant Jordi, que le clavó su lanza, y de la sangre del dragón surgió un rosal de rosas rojas.

El suyo fue un gesto desinteresado y valiente que cambió la historia del pueblo y dio nacimiento a nuestra leyenda, pues, desde entonces, en Cataluña es costumbre regalar una rosa a la persona amada. Sant Jordi, patrón de Cataluña desde el siglo XIX, se convirtió en símbolo del territorio catalán con la *Renaixença*, movimiento político y cultural que recuperó las señas de identidad catalanas.